El joven no podía resignarse á sufrir indefinidamente el platonismo que Conformidad quería imponerle.

Su natural fogoso lo impelía sin cesar á procurar la posesión del objeto amado; empero las reflexiones de la virtuosa cuanto discreta amante y su continente digno, lo detenían calmando sus ansias.

Cuando se hallaba lejos de ella, formaba mil proyectos que la mayor parte de las veces no llevaba á efecto.

Mas una noche nublada y fría, escaló la reja del jardín y se ocultó en el cenador donde solía Conformidad pasar largas horas de meditación.

Poco tiempo después, llegó la romántica con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si fuera preocupada con algún pensamiento importante.

Asiduo se extremeció involuntariamente al mirarla, y contuvo la respiración á fin de no hacer el menor ruido.

Conformidad se sentó en un canapé rústico, se apoyó en el brazo y descansó graciosamente su carita en la mano derecha.

De aquella suerte se entregó á la contemplación del cielo que se dejaba ver parcialmente por la ojiva que formaba la puerta del cenador.

En semejante postura, llena de atractivo sin afectación, que Asiduo adivinaba más bien que distinguía, hubiera Conformidad permanecido mucho tiempo; pero el joven no pudiendo resistir más, de un salto se puso á los piés de su amada.

La beldad lanzó un ligero grito de sorpresa; mas habiendo reconocido á su amante se serenó y con grave entonación comenzó á reconvenirle por la indigna celada que le había puesto, tratando al mismo tiempo de huir.

Era en vano; porque Asiduo al mismo tiempo que le pedía perdón llenaba de besos sus pequeñas manos que tenía asidas entre las suyas, dirigiéndole palabras tan tiernas y apasionadas, que Conformidad notó que se debilitaba su energía.

Asiduo, que lo comprendió, redobló sus súplicas y sus caricias. Entonces la pobre Conformidad sintió que sus fuerzas la abandonaban, y no pudiendo manifestarse ya enérgica y ofendida, apeló á la persuasión y á la dulzura, cosa que acabó de exaltar al ardoroso amante.

Asiduo continuaba arrodillado á los pies de su amada, con un brazo enlazado á su cintura, mientras levantando la cabeza la dirigía miradas llenas de fuego.

Conformidad tenía su mano izquierda en el cerebelo de Asiduo y con la derecha le arreglaba las plumas que le caían en desorden sobre la frente, y con tiernas miradas y blandas súplicas, como si corrigiese á un niño, trataba de hacer volver la calma al enamorado mancebo. Asiduo no oía, no entendía nada.

Llegó, pues, un momento crítico en que conocí que Conformidad iba á sucumbir y pensé que me había llegado la vez de socorrerla. Agité con violencia los arbustos que rodeaban el cenador á guisa de una persona que llegase precipitadamente.

Aquel ruido, asustando á los amantes, los hizo levantar como movidos por un resorte. Asiduo se puso en guardia en ademán de repeler alguna agresión, mientras que Conformidad, aprovechando la ocasión de verse libre, huyó precipitadamente para su habitación.

Pasados algunos momentos, el infeliz amante se convenció de que no existía ningún sér humano en las inmediaciones del cenador y se dejó caer en el mismo canapé en que Conformidad se había sentado, entregándose á la más violenta desesperación.

Al fin se fué calmando, poco á poco, y la razón recobró su imperio en aquella cabeza tan perturbada.

Cuando se sintió ya sereno, salió al jardín, dió algunos paseos suspirando por debajo de las ventanas de la bella fugitiva, y escalando la reja se dirigió á su casa á donde llegó al primer albor de la aurora.

Entre tanto Conformidad lloraba en su lecho llena de pesadumbre por la mala acción que había cometido su amante, horrorizándose al pensar en el inmenso peligro que había corrido.

A consecuencia de aquel incidente, por mucho tiempo estuvieron interrumpidas las relaciones de los enamorados jovenes, y no volvieron á reanudarse, sino á fuerza de ruegos y súplicas de Asiduo, que hizo mil promesas de enmienda para lo futuro.

Sin embargo, Conformidad, inspirada por una justa desconfianza, tomaba toda clase de precauciones.

IV

"Agitación," la segunda hija de Explanada, tenía una naturaleza singular. De temperamento sanguineo, su rostro siempre radiante se hallaba iluminado por los más bellos colores y por un par de ojos garzos que brillaban como diamantes.

Su cuerpo elevado y grueso, formaba notable contraste con

la viveza de sus movimientos. Víctima de una constante inquietud, obedeciendo á los pensamientos que se sucedían con rapidez en su cabeza, cambiaba frecuentemente de propósitos trasladándose de un lugar á otro. Parecía, como suele decirse, que tenía azogue en el cuerpo.

Por la mañana, después de almorzar, bajaba al jardín, daba algunas vueltas en él, se asomaba á la reja, volvía á la habitación, hablaba un instante con la cocinera ó con la doncella, subía á los altos, leía, cantaba, dibujaba, escribía, se asomaba á la ventana un momento, iba á la alcoba de sus hermanas, hablaba un poco con ellas, volvía á su aposento en donde intentaba coser, abría y cerraba su armario, hasta que aburrida de no hallar dentro de su casa algo en qué entretenerse, tomaba su sombrero y su quitasol y se lanzaba á la calle en donde no era más afortunada.

Entraba á las tiendas con ánimo de comprar alguna baratija; pero con el verdadero objeto de charlar un rato con sus conocidos los dependientes.

Iba en seguida á pasear á algún parque donde apenas daba una vuelta y se salía. De allí pasaba á hacer visitas á sus amigas, que no podían detenerla por más esfuerzos que hacían cuando pasaba un cuarto de hora. Después recorría parte de la ciudad hablando con los conocidos que hallaba al paso, volvía á su casa á comer, salía de nuevo para ir al teatro, á paseo ó á alguna tertulia. Ya tarde se retiraba á descansar para comenzar al día siguiente el mismo género de vida.

No bastando el recinto de la ciudad al afán de locomoción de que se hallaba poseída, hacía frecuentes correrías á las afueras de ella, unas veces á pie á los pueblecillos ó quintas inmediatas, otras en algún vehículo á lugares lejanos.

Pero Agitación raras veces verificaba sola estas excursiones. Casi siempre iba acompañada de un caballero bajo de cuerpo, rechoncho, mofletudo y barrigón, que la seguía jadeando á duras penas.

Le llevaba el abrigo, el abanico, el saco de viaje, una cestilla con fruta ó algún animal favorito que gozaba de aquella distinción por algunos días.

Aquel caballero era novio de Agitación; su posición desahogada le permitía dedicar la mayor parte de su tiempo en acompañar á su novia, que siempre le ofrecía verificar su enlace al fin de la última excursión.

Se llamaba el hombrecillo D. Pacífico y su carácter formaba el más raro contraste con el de su amada.

Odiaba D. Pacífico todo movimiento violento, y amaba con pasión las comodidades y el reposo; gustaba de comer bien, y ciertos manjares á sus horas; se acostaba temprano y no se distinguía por madrugador; llevaba, pues, una vida *confortable* y muelle.

Por lo mismo el pobre hombre sufría la pena negra con el constante movimiento de Agitación.

Mas el amor se sobrepone á todo, y D. Pacífico se hallaba en el período más crítico de la enfermedad.

Además, acariciaba la esperanza de que cuando fuera esposo de Agitación, la joven, por las atenciones de la casa y las súplicas de él, entraría en quietud abandonando, ó por lo menos modificando, aquella tendencia terrible al movimiento.

Entonces podría entregarse á los goces de una vida tranquila al lado de su amada.

¡Ay! Así formamos todos dulces ilusiones que halagan nuestros deseos y que nunca se realizan.

Agitación, como si presintiera que D. Pacífico trataría de coartar su libertad, queriendo poner coto hasta cierto punto á sus movimientos cuando fuera su esposa, alejaba sin cesar el momento tan deseado por su pretendiente, poniéndose desde entonces en guardia para resistir la presión que pudiera en lo susecivo querer ejercer sobre su voluntad. La idea de una sujeción cualquiera la asustaba, excitando su deseo de movimiento y de libertad.

Por este motivo experimentó cierta recrudecencia en su monomanía, haciéndose verdaderamente temible para el pobre D. Pacífico, que ya no tuvo un momento de reposo.

Agitación caminaba á paso redoblado como un granadero, y no sentía fatiga por andar una legua más ó menos.

Algunos pasos atrás la seguía D. Pacífico jadeando.

Ella se detenía de vez en cuando para esperarlo, excitándolo á redoblar la marcha.

El desdichado amante, cuyas piernas eran cortas, hacía esfuerzos poderosos para ponerse al lado de la bella andariega; se enjugaba la frente de donde le brotaba copioso sudor y lanzaba profundos suspiros mezclados con resoplidos formidables.

Muchas veces la maligna joven reía despiadadamente de las congojas y tribulaciones de su futuro, lanzándole de vez en cuando sangrientas burlas que el buen hombre sufría con humilde resignación.

Un día que la amante pareja había regresado de cierta expe-

dición á una montaña cercana, donde existían antiguas ruinas que Agitación quiso visitar, D. Pacífico, rendido de cansancio, yacía hundido en una poltrona, mientras la inquieta muchacha paseaba á largos pasos de un extremo á otro de la sala, en ademán meditabundo.

El caballero seguía sus movimientos con ojos sobresaltados, temeroso de que á la linda caprichosa se le viniese alguna barbaridad.

Repentinamente Agitación se detuvo, y con voz breve y tono imperativo exclamó:

—D. Pacífico, vaya usted á disponer su equipaje.

—¡Mi equipaje, criatura! preguntó azorado y balbuciente el infeliz amante, con acento de aflicción.

—Sí, señor, su equipaje de usted; contestó enérgicamente Agitación volviendo á su paseo.

—Esta misma tarde partimos á un largo viaje

—¡Misericordia, Agitacioncita de mi vida! exclamó D. Pacífico juntando las manos.

—No hay remedio, esta tarde debemos partir. De camino pasará usted por la calle de los trasportes y ajustará un globo que nos conducirá á Leridia.

—¡A Leridia, Agitación! Reflexione usted en que hay quinientas leguas de aquí allá!

Por lo mismo, quiero cambiar de aires, ver cosas nuevas; ya me sofocan los estrechos límites que hasta ahora hemos recorrido; deseo movimiento, expansión, actividad, horizontes más dilatados.

—¡Pero, por Dios, hija mía, deme usted un poco de reposo! Estoy rendido de la expedición de hoy; ya es medio día, y pretende usted que arregle mi equipaje, que contrate el globo, y que nos pongamos en marcha. Esto es muy superior á mis fuerzas, que se hallan completamente agotadas. Le pido á usted un corto plazo; marcharemos mañana.

—Que sea así, pues, vaya usted á arreglar las cosas; mañana temprano lo espero.

D. Pacífico se levantó con alguna dificultad, tomó la delicada mano de Agitación, la llevó á su pecho, imprimió luego en ella un ardoroso beso y salió paso á paso, de la habitación.

Al día siguiente, muy de mañana, D. Pacífico llegaba á la reja del jardín con un carro que conducía su equipaje, y debía de recoger el de su futura.

Tiraban del carro dos "*traccíontes,*" hermosos animales algo parecidos á los caballos, pero cuyas cabezas adornaban dos cuernos cónicos y rectos, algo desviados hacia afuera. Las puntas de los cuernos habían sido horadadas y provistas de argollas, en donde se enganchaban las riendas para dirijir el tronco.

El carretero recogió el equipaje de la viajera y colocándolo en su vehículo se puso en marcha.

Agitación apareció atravesando el jardín con paso ligero. Seguíala D. Pacífico que conducía un canastillo con utensilios femeniles.

La jóven iba ataviada con sencillez; llevaba un vestido de viaje de tela corriente y un sombrero de anchas alas para cubrirse del Sol.

Los amantes salieron del jardín y se perdieron en las calles de la ciudad.

Agitación había dejado sobre la mesa de la sala una carta dirijida á su padre, concebida en estos términos:

"Querido Papá:

"Emprendo un viaje largo. Voy á Leridia acompañada de D. Pacífico, para visitar aquella Gran Ciudad, ver sus antigüedades, y conocer las extrañas costumbres de sus habitantes.

"A usted y á mis hermanos dejo un estrecho abrazo.—Su amante hija, *Agitación Explanada.*"

Había yo seguido con interés los movimientos de la bella inquieta y puedo decir que casi me contagié.

Sobre todo, aquel viaje en globo que había decidido, me sacó de quicios, porque aunque yo no necesitaba de tal recurso para trasladarme de un lugar á otro, me sedujo la idea de estudiar cómo habían podido resolver allí el problema de la navegación aerea; y además, me parecía agradable el hacer el viaje al lado de Agitación, escuchando sus pláticas, presenciando las congojas de D. Pacífico y observando á vista de pájaro aquellos países, sin hacer el menor esfuerzo.

De tal manera me entusiasmó aquel programa, que fragüé en mi imaginación, que me decidí á acompañar á los novios, aunque fuese hasta la frontera, porque aun no llegaba la vez de abandonar definitivamente á Denor.

También deseaba prolongar mi permanencia en casa de Esplanada, donde me hallaba contento y aun algo aquerenciado con la familia.

Seguí, pues, á los viajeros y después de recorrer varias calles, entramos á una más espaciosa con construcciones de un solo piso que ostentaban grandes muestras donde se veían pintados

toda clase de medios de locomoción, acompañados de sendos letreros.

En una de aquellas casas había un cuadro con varios globos pintados que aparecían en distintos términos, y un gran letrero que decía:

"Compañía privilegiada de Globos Correos.

"En treinta días se da la vuelta al planeta.

"Buen trato.

"Baratura.

"Comodidad."

Mis compañeros de viaje se introdujeron por una ancha puerta, y después de pasar por un largo pasadizo, salieron á un hermoso patio, en donde había gran movimiento.

Aquí y allá, se veían hombres que conducían bultos en carretillas de mano. Las carretas que los habían llevado al establecimiento desaparecían por un puerta que daba al campo.

Media docena de globos se estaban inflando por medio de ciertos aparatos construidos en el interior de la casa y cuyos tubos conductores de gas salían al patio por la abertura practicada en la pared.

Como iba á presenciar la solución de un problema que tanto preocupa á los habitantes de la Tierra, desde que entré en el patio me puse á examinar lo que veía con toda atención.

Los globos no diferían esencialmente en la forma de los que con generalidad se usan en la Tierra, pero tenían una especie de roda ó *tajaviento* del lado de la dirección en que el movimiento debía verificarse.

Las canastillas afectaban la forma de una barca, cuya proa se hallaba naturalmente del lado en que debía cortarse el aire.

Sobre la misma proa, descansaba un bastidor con travesaños, fuertemente asegurado y colocado verticalmente, se afirmaba con solidez por la parte superior en el globo.

En cada travesaño había cuatro gazas ó argollas hechas con un filamento fuerte.

A la popa de la barquilla descendía del globo una malla ó red que la envolvía lo mismo que á un emparrillado de madera, que en aquella parte estaba colocado horizontalmente.

La cámara para los viajeros que se hallaba en el centro, consistía en una tienda de tela impermeable que se bajaba ó recogía á voluntad.

No podía darme razón de lo que veía; y aunque ignoraba el

uso de aquellos aparatos, comprendía bien que ninguno de ellos podía servir para dar dirección á los globos.

Me hallaba, pues, dominado por una viva impaciencia, deseando saber el modo con que aquella gente había podido resolver tan difícil problema.

Poco tiempo duró mi ansiedad. Repentinamente se abrió una puerta detrás de la cual se escuchaban fuertes graznidos, y ví lleno de sorpresa salir uno en pos de otro, con tardo paso y grave continente, hasta cuatro grandes pájaros casi del tamaño de nuestros avestruces, provistos de poderosas alas.

Aquellos interesantes animalitos, perfectamente educados y *atalajados* con guarniciones de seda se dejaban conducir y enganchar en las gazas de los travesaños de los bastidores.

Como el globo que se iba á elevar primero era pequeño, solamente dos fueron enganchados, los que de un salto se pusieron de pie sobre los travesaños.

Los otros dos pájaros los colocaron sobre el emparrillado de la popa, donde estaba prevenido su alimento.

Terminada esta operación, los viajeros entraron en la barquilla.

Ya todo listo, se soltaron las amarras que sujetaban al aerostato, el cual, sintiéndose libre, comenzó á elevarse magestuosamente.

Confieso, que para mí, que iba preocupado con la idea de ver resuelta la cuestión de la navegación aerea, fué un desencanto grandísimo que se hubiese zanjado confiando á semejantes pajarracos una misión de tan alta importancia.

Aquel era un fiasco, que disminuía en mucho el alto concepto que había formado de las cosas de Venus.

A pesar de esto, no despegaba la vista del balón que proseguía elevándose. Cuando hubo superado los más altos edificios de la ciudad, los pájaros excitados por el conductor, se lanzaron al aire extendiendo sus poderosas alas, y comenzaron á volar con tal vigor, que el globo desapareció en un momento de la parte del cielo que se podía descubrir.

Tan buen resultado me empezó á reconciliar con los pájaros y quedé pensativo á causa de la sorpresa que acababa de recibir.

La voz argentina de Agitación me hizo volver en mí, y notar que la joven y su compañero entraban en la barquilla de otro globo mucho mayor que el anterior.

Me instalé prontamente junto á mi simpática amiga y comenzamos á elevarnos.